

—Aseguro á vds. que buscaré por todo Londres un frac y volveré á la ópera.

—Muy bien, contestaron secamente los cobradores, volviendo á colocarse en su puesto, uno enfrente del otro, como unas estátuas.

El cura formó un verdadero capricho inglés en domar la inflexible severidad y suspicacia de los cobradores del teatro, y se dirigió otra vez á la tienda.

—Señoritas, les dijo, esos hombres tienen verdaderamente una suspicacia y una malicia de Satanás.

—¿Cómo? ¿qué ha sucedido?

—Ya lo veis, contestó mostrando la levita. Luego que entré, conocieron todo lo que había, como si lo hubieran visto; desprendieron los alfileres, y todo está dicho. Me veis aquí de vuelta.

—Y ahora, ¿qué hacer caballero?

—Necesito á toda costa un frac: es un punto de amor propio. No quiero ver ya ópera ni nada, sino vencer á esa canalla de porteros insolentes é intolerantes.

Las dos muchachas se miraron un momento, y una de ellas subió al primer piso de la tienda, y bajó con dos fracs negros en la mano.

—¿Si vd. quiere probar, caballero?

—Con mucho gusto.

—Son de nuestros hermanos, y están casi nuevos.

—Entonces no me podrán vender uno.

—No, caballero; pero lo usará vd. esta noche y mañana lo devolverá.

—Eso de ninguna manera. . . . En fin, veremos si alguno me viene, y nos arreglaremos.

El cura pasó de nuevo á la trastienda. Uno de los fracs, que era sin duda el hermano menor, estaba tan chico que el cura no pudo meterse ni una de las mangas. El otro, aunque con trabajo y esfuerzos, lo encajó en su cuerpo, ajustándolo definitivamente en el precio de dos libras y media, y dejando su levita para recogerla en la mañana siguiente.

Hecha esta operación, se dirigió de nuevo al teatro y presentó su boleto. Notó que los cobradores lo miraban con más curiosidad que antes.

—Ahora tengo frac, les dijo, tomando uno de los faldones, y enseñándoselos.

—Es verdad, dijeron ellos, y puede vd. entrar, porque está en su "derecho," pero diremos á vd. que el frac está casi destruido por la espalda.

—¿Cómo? dijo el cura.

—Deme vd. su mano, dijo el cobrador.

El cura dejó que le guiaran la mano, y se convenció de que tenía el frac una rotura de cosa de ocho dedos, que dejaba descubierto el forro blanco del chaleco.

—Repetimos, dijo uno de los cobradores,

que supuesto que viene vd. de frac, está en su "derecho" y puede entrar.

El cura inclinó la cabeza, dió la vuelta y salió del teatro lleno de vergüenza y confusión, y dando gracias á la Providencia, porque le había demostrado patentemente el peligro de desviarse de sus deberes. Al día siguiente recogió su levita por medio de un criado, y se marchó á su pueblo. En cuanto llegó, llamó á Tomás el organista.

—Tomás, le dijo, he gastado ocho libras esterlinas y no he visto la ópera, y lo único que traigo de Londres es el alma llena de remordimientos por las faltas que he cometido, y este frac usadó y roto.

—Señor cura, explíquese vd. por el amor de Dios.

—Te ordeno, Tomás, que jamás me vuelvas á mentar ni la palabra ópera. El día que quebrantes este precepto, te das por despedido. Retírate.

Tomás se retiró; pero el cura, pasados algunos días, para evitar que el organista cavilase indiscreta é inútilmente, le contó, con el candor de su alma buena y sencilla, todo lo que le había ocurrido en su viaje.

EL ROSARIO
DE
CONCHA NACAR.
